

que ellos no emplearon categorías propiamente sociológicas depuradas y precisas.

Toepel —en cambio— se inclina a aceptar que una historia de la sociología se remonte a los orígenes del conocimiento burgués de la sociedad, y esto, en buena parte —según creemos— porque fue el surgimiento de este tipo de sociedad el que propició la reflexión, la indagación, la obtención de datos y conclusiones y la sistematización de conocimientos sobre la misma, pero, no menos —conforme él reconoce— por “el hecho de que los hombres de nuestra época se enfrentan al crepúsculo del sistema societario capitalista”.

Esto, en efecto, abre la posibilidad de ver el ascenso y el descenso de un tipo de sociedad y permite seguir de cerca las vicisitudes de la conciencia social que los acompañan. En el lapso correspondiente se ha producido (conforme reconoce Toepel y mostraba Gurvitch) una liberación de la sociología con respecto a la pura especulación sociofilosófica; pero, como el propio articulista alemán se pregunta retóricamente, hay que determinar si esa liberación la ha favorecido o no; pregunta cuya respuesta no puede ser un simple “sí” o un desnudo “no”, pero que apunta hacia el hecho de que la sociología se ha metido por un camino más o menos extraviado, como es el del empirismo y la desnuda “investigación social concreta”. Ésta —que puede ser justificable en ciertos casos concretos en los que la práctica de una sociología distinta resultaría tremendamente peligrosa— no se justifica en términos generales.

En cambio, le parece que, con independencia del zigzagueo sociológico burgués entre la especulación y el empirismo, ha surgido un modo sociológico básico —el marxista— que funda la teoría de la sociedad en el materialismo histórico (con Marx y Engels) y que (con Lenin y su obra: *El imperialismo como forma superior del capitalismo*) ha dado muestras de cómo se puede hacer una investigación sociológica de alto nivel teórico capaz de ser, simultáneamente, un estudio empírico de gran alcance sobre las condiciones humanas de vida y sobre la transformación de las relaciones interhumanas debidamente enmarcadas dentro de una amplia unidad orgánica.

Se puede concordar o discordar con la exposición de Toepel, pero ésta es suficientemente sugestiva como para que haya alguien que se considere con derecho a arrumbarla en el cajón de los desperdicios.

Oscar Uribe Villegas

Nicos Poulantzas: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Ed. Siglo XXI, México, 1969. (Ed. original: Ed. Maspero, París, 1968.)

Transformar en objeto de ciencia autónoma a instancia específica del político, en la forma de producción capitalista, es el objetivo principal de Nicos Poulantzas, en este libro que ha despertado, bajo muchos aspectos, vivo interés. Las afirmaciones del autor de que los textos marxistas clásicos en relación con el estado capitalista precisan ser sometidos a un trabajo crítico particular, y su preocupación en demostrar que esos clásicos, a nivel de sistematización teórica, no trataron de la región política de la forma de producción capitalista, dan la dimensión del tema a ser tratado.

El concepto del modo de producción de Poulantzas se refiere a una combinación específica de diversas estructuras y prácticas, que aparecen como niveles, instancias o estructuras regionales de ese modo. La unidad característica de ese modo es la dominación de lo económico (vale decir: la determinación). Lo que distingue un modo determinado de otro, y lo que lo especifica por consiguiente, es la forma particular de articulación entre sus niveles, lo que constituirá la matriz del modo de producción. En el caso del modo de producción capitalista, además de la determinación de todo en última instancia por lo económico, determina también el papel dominante. La característica de esa forma particular de articulación de las instancias es la autonomía relativa de cada una de ellas.

La teoría regional de lo político en el modo de producción capitalista supone la teoría particular de ese modo de producción. Lo político es rigurosamente nivel, instancia o región de un modo de producción dado. El lugar de lo político

en el modo de producción capitalista depende de la teoría particular de ese modo, de su tipo específico de articulación, de su índice de dominación y sobre-determinación.

En el caso en que lo económico sea la instancia región determinante y retenga el papel dominante en el modo de producción capitalista, la relativa autonomía de las instancias permite aislar la región política en una ciencia particular. Permite, además, que se discuta teóricamente esa instancia, sin que se vuelva imperativa la discusión teórica de las otras.

Es en este contexto que surge el análisis de Poulantzas, donde va a tener papel importante el concepto de Estado.

Poulantzas, en su discusión teórica, asume una posición frontalmente anti-historicista, en la cual no es pionero. Es éste, por ejemplo, uno de los rasgos notables de la concepción althusseriana, según la cual el orden de la demostración científica nada tiene que ver con el orden histórico. Llega a tal punto la confusión establecida que un autor, criticando a los antihistoricistas, dice que bajo ese punto de vista es el propio materialismo dialéctico el que se transforma en historicismo condenable.

¿Pero no fue Marx quien dijo que la "marcha del pensamiento abstracto, que se eleva de lo más sencillo a lo más complejo, correspondería al proceso histórico real"? (*Contribución a la crítica de la Economía Política*). Esto sin hablar de los diversos pasajes en que discute el problema de la historia. En su insistencia, por ejemplo, en mostrar que el valor, aunque siendo una abstracción, es una abstracción histórica, a la cual se llega a través de una evolución económica determinada de la sociedad. No es de asombrarse que en los trabajos de los antihistoricistas, el modelo teórico, en general, esté desprovisto de poder explicativo, y sea difícilmente aplicable a situaciones reales concretas. Tal vez sea ésta una de las principales fallas del trabajo de Poulantzas.

Poulantzas ve al Estado en su papel de cohesión de la unidad de una formación, "papel particularmente importante" en la formación capitalista, donde realiza varias funciones: económica, política e

ideológica. Estas funciones son modalidades particulares del papel globalmente político del Estado y están condensadas y sobredeterminadas por su función propiamente política, en relación al campo de lucha política de clases.

El concepto del Estado capitalista implica una función específica de la ideología política, una forma de poder que está fundada sobre un consentimiento particularmente organizado y dirigido de las clases dominadas. Poulantzas está siempre en las vueltas con el problema de legitimidad.

Con relación a este problema y todas sus implicaciones, Poulantzas hace observaciones bastante propias. Desmintiendo, inclusive, en cierto sentido, las teorías del *welfare state* y el concepto de la igualdad por la ciudadanía de Marshall, cuando estudia la atención dada por el Estado capitalista a los intereses de la clase dominada. Este Estado —dice Poulantzas— permite por su estructura misma las garantías de los intereses económicos de ciertas clases dominadas, contrarios —eventualmente— a los intereses económicos a corto plazo de las clases dominantes, pero compatibles con sus intereses políticos, con su dominación hegemónica. Esta garantía no se opone directamente a la relación política de clase; constituye, al contrario, un elemento de esa dominación. El Estado es siempre un Estado de clase.

Es interesante notar que Poulantzas suscribe integralmente a Weber en lo que se refiere a la detención de la fuerza legítima, especificando, sin embargo, como objeto el Estado capitalista. Así, el Estado capitalista guarda el monopolio de la fuerza legítima.

Además, ligado al concepto de la legitimidad, está el concepto del grupo hegemónico, llevando Poulantzas a una serie de ideas acerca de las relaciones entre los poderes legislativo y ejecutivo. El predominio de uno de los poderes incluye formas diferenciales de articulación y de intervención o no intervención en lo económico.

Las transformaciones de articulación, de intervención o no intervención específicas de lo económico y de lo político que caracterizan las etapas de una formación

capitalista se reflejan en el Estado por diferenciaciones de legitimidad. Hay procesos ideológicos diferentes, en lo que se refiere a la legitimidad, durante el periodo de predominio parlamentario y el periodo de predominio del ejecutivo.

Si los conceptos de Poulantzas revisten un gran interés, esto no significa, sin embargo, que sus postulados estén inmunes a la crítica. No cabría aquí una crítica general de todos los conceptos emitidos, y mucho menos todas las salvedades debidas. Si en algunos momentos el autor merece ser suscrito, son los dos principales conceptos de su obra los que merecen mayor atención: el modo de producción capitalista y el Estado capitalista.

Ver la diferenciación y la especificación del modo de producción en el tipo de articulación entre sus instancias o regiones es reducirlo a un sistema extremadamente mecánico, donde se pierde la perspectiva de las diferencias fundamentales entre los modos, presentados no a nivel de instancia, pero en las propias relaciones en el interior de la estructura de una instancia.

Poulantzas continúa así cerca de la posición althusseriana, según la cual el modo de producción sólo se diferencia de otro a través de las relaciones diferentes entre sus estructuras, pero no a través de relaciones en el interior de la estructura. Si la articulación entre las regiones es lo que especifica y diferencia los modos de producción, se diluye la importancia real de las relaciones que constituyen estas regiones, siendo substituidas por un concepto unitario monolítico, implicado con la concepción althusseriana de totalidad. Esto es, tomados como unidades relativamente autónomas, lo fundamental es la forma por la cual se articulan lo económico determinante, lo político y lo ideológico, y así sucesivamente.

Además, difícilmente se podría intentar analizar los fenómenos que ocurren en la sociedad contemporánea, que condicionan importantes modificaciones en las relaciones fundamentales del modo de producción capitalista. Modificaciones que pueden no estar al nivel de articulación de instancias. Tal concepto de la forma de producción fácilmente pierde valor explicativo. Se corre el peligro de dejar de ver nuevas situaciones relativas al equi-

librio entre las fuerzas sociales, que afectan, inclusive, a las propias relaciones de producción.

El capitalismo monopolista involucra cambios cualitativos de la mayor relevancia en las relaciones en el interior de las estructuras de los diversos niveles del modo de producción capitalista. No como lo quería Dahrendorf al trazar una separación entre la propiedad y el control del capital, pero como ya demostraron Wright Mills y Maurice Dobb, trazando una mayor concentración tanto en el control como en la tenencia. Esto va a afectar las relaciones entre propietarios y obreros, así como otras relaciones de clases, además del propio conflicto entre ellas.

El concepto de la estructura althusseriana, también presente en Poulantzas, provoca una visión distorsionada e incompleta de la importancia de las relaciones en el caso anterior. Todas las relaciones anteriormente tomadas en el interior de las estructuras se condensan —y, por lo tanto, se vuelven menos específicas— en un concepto de región, y las relaciones se vuelven relaciones entre las estructuras, a nivel de estructuras. Así considerado, el concepto de la forma de producción disuelve la importancia de las relaciones intra e infra estructurales, dejando de ser algo explicativo, para volverse mecánico e impreciso.

Es preciso considerar en qué términos el modelo teórico propuesto por Poulantzas es una contribución también para aquellos preocupados por el estudio de las regiones subdesarrolladas, especialmente América Latina.

Cuando no se tienen en cuenta las relaciones a nivel infra e intraestructural, difícilmente se consigue llegar a la comprensión exacta de la forma de producción capitalista en los países latinoamericanos. La propia formación de las economías nacionales en relación de dependencia con las economías desarrolladas determina modificaciones en las relaciones de producción volviéndose, en cierto modo, más complejas. Se pierde, en un modelo como el propuesto por el autor, la percepción de formas singulares en las relaciones fundamentales en el interior de las estructuras regionales del modo de pro-

ducción capitalista en naciones subdesarrolladas.

Por otro lado, el concepto de Estado de Poulantzas es excesivamente ahistórico y peligrosamente totalizante. Ver el poder del Estado como una unidad —afirma— implica ver el poder político como el poder del Estado. Esto no significa, según se desprende de la lectura, reducir el poder político al aspecto jurídico-formal del Estado, pero significa, sin duda, la extensión del concepto de Estado a niveles que le son extraños, produciendo por un lado su ahistoricidad y su carácter monolítico y, por otro, una visión errónea del problema de la lucha de clases.

Hasta un determinado momento, Poulantzas ve las cosas de modo más razonable, cuando —por ejemplo— reconoce la existencia de una dependencia necesaria entre la dominación económica y la dominación política. Hasta allí, no hay reservas que hacer. Sin embargo, cuando el autor afirma que la lucha de clases se da en dos niveles —el económico, cuyo objetivo es la mejoría del nivel de vida de los obreros, y el político, sobredeterminante, cuyo objetivo básico es el Estado— se puede ver cómo tal concepto tiende a ser engañoso y puede conducir a una falacia. Tal punto de vista minimiza los efectos de la lucha de clases en toda la estructura social. Asimismo, sabiéndose que su concepto del Estado es mucho más elástico que el que usualmente se usa en los análisis sobre las luchas políticas de clases, no se puede aceptar tal afirmación, bajo el riesgo de dejar de considerar los aspectos más importantes de la problemática de clases.

No se puede negar que la lucha de clases a veces se vuelve una lucha por el poder del Estado. Esto no significa, sin embargo, que ésta sea la forma fundamental asumida por la lucha de clases, aunque sea ésta la lucha de clases por excelencia. Ella puede aun no involucrar a toda una clase, sino apenas facciones y grupos de una clase, cuyo objetivo particular es el poder del Estado.

Sea cual fuere el concepto que se utiliza sobre el Estado, presentado en esta forma, la lucha de clases deja de ser una lucha de liberación para ser una simple lucha por el control político, por el monopolio de la fuerza legítima. Si bien

es cierto que Poulantzas no pretende decir con esto que el objetivo de la lucha de clases sea el aparato estatal, también es cierto, sin embargo, que confunde y perjudica al problema central de la lucha de clases, que es el de la liberación de una clase de las relaciones de dominación que le son impuestas por los propios fundamentos estructurales del sistema. Son las propias relaciones en el interior de la estructura económica y de la estructura política (que definen el sistema) las que son dejadas a un lado, en favor de una unidad estructural de las instancias. Aquí, la relación del Estado con la lucha de clases implica en las relaciones entre Estado y los niveles de estructuras, o sea, la relación entre el Estado y las instancias que caracterizan una formación social. Una teoría explicativa de lo político y sus implicaciones, en el modo de producción capitalista, no se consigue pasando por arriba de cambios fundamentales en este modo de producción y de las maneras singulares que puede asumir en un determinado momento histórico y en un marco estructural dado. La composición de las fuerzas sociales y sus relaciones no son tan simples como para ser reducidas a una idea de totalidad.

Esto es de máxima importancia, especialmente cuando se está comprometido con el estudio de esa problemática en América Latina, donde la realidad va demostrando que los hechos no ocurren tal y como quiere Poulantzas. Ningún poder explicativo guardan los conceptos levantados por él cuando pretende confrontarlos con la realidad social concreta de América Latina, sea en lo que dice respecto al modo de producción capitalista, sea en lo tocante al Estado y las luchas de clases.

Cabe, ahora, una salvedad especial con la parte del libro donde el autor se propone estudiar los casos concretos de revoluciones burguesas. Cómo comprobar la insuficiencia del modelo teórico propuesto: hay una sensible discrepancia entre toda su discusión teórica y su interpretación de la revolución burguesa en Francia, Alemania e Inglaterra. Un análisis sumamente interesante y bastante alzado de su modelo teórico. No se pretende, aquí, la discusión de este aspecto, precisamente

porque no encaja en forma completa en el modelo propuesto. Lo que se está discutiendo es solamente los conceptos teóricos levantados por el autor, y no su tentativa de aplicación del modelo, donde es llevado —por la propia realidad— a alejarse de allí. Prueba de que el autor no es insensible a los aspectos que en su esquema deja de reconocer.

Esta es una obra que merece atención por el hecho mismo de abrir un debate de la más alta importancia. Es preciso, no obstante, que se preste atención a los problemas surgidos en un análisis como éste, en el cual los conceptos, de muchas formas, no corresponden a la compleja realidad del mundo actual, donde los procesos desiguales determinan el desarrollo del Estado capitalista.

Sergio Henrique Hudson de Abranches

Adolf Kozlik: *Volkshapitalismus. Jenseits der Wirtschaftswunder*. (Compilaciones hechas por María Jilg, Helmut Kramer y Kurt W. Rothschild.) Europa Verlag, Viena, Frankfurt, Zürich, 1968, 400 pp.

Uno de los grandes méritos del libro de Adolf Kozlik, economista austríaco muerto en 1964, es haber definido los condicionantes del "sistema" económico del capitalismo avanzado y, de acuerdo a ellos, haber evaluado los méritos y defectos de los instrumentos de medición de la distribución del ingreso, de la concentración y centralización del capital, así como haber apreciado en su justa medida muchas hipótesis relacionadas con varios elementos de la igualdad económica. Esta carencia puede apreciarse en tesis que relacionan el avance del ingreso per cápita con las desigualdades iniciales en materia económica, en especial, la de que los ingresos sufren un descenso relativo en las etapas inmediatas a ciertos cambios institucionales, para luego mejorarse la distribución de igualdades. Kozlik refuta con minuciosidad la falacia de las estadísticas norteamericanas, elaboradas directamente o en forma indirecta sobre la distribución del ingreso o de la propiedad, asentando sus dudas acerca de la supuesta mejoría en la distribución. En seguida ataca la

ineficiencia de otras medidas gubernamentales como los impuestos al capital o como la recepción de los asalariados de remuneraciones extrasalariales (como la posesión de acciones).

En cuanto a las formas de capital predominantes en los Estados Unidos, Kozlik refuta la tesis del control de fuerzas invisibles del mercado o de fuerzas contrapuntadas de la tendencia a la concentración del poder económico. Para ello actualiza con datos de 1960 la estructura de los principales *trusts* y *cartels* norteamericanos, muestra cómo las medidas gubernamentales y la enemistad del pueblo norteamericano sólo han cambiado la fachada de la concentración, sin que se haya democratizado el control financiero o administrativo clave, así como la idea de que la separación formal entre la propiedad y la administración (los gerentes) conduzca a reducir la brecha entre la racionalidad de la empresa y la irracionalidad de la sociedad en su conjunto o que democratice el control económico-financiero.

La refutación de la supuesta democratización o popularización del capitalismo altamente desarrollado constituye uno de los elementos importantes del establecimiento de los condicionantes del "sistema", para que funcionen teorías evolucionistas lineales a la Keynes o a la Rostow. Lo mismo pudiera decirse de otros trabajos que tocan las condicionantes "feudales" que preceden el *take off* y que supuestamente cristalizan en la inmovilidad y en la rigidez de la estratificación social.

Son muy interesantes las tres posibilidades teóricas e ideológicas que se derivan, según él, de la concentración del poder y el ingreso, tal y como se dan actualmente en los Estados Unidos:

1) La posición liberal-conservadora: la libre competencia se debe restablecer a través de medidas legales que frenen la concentración.

2) La posición liberal-radical: el poder del mercado de los grandes consorcios debe ser recortado a través de una vigilancia de sus ganancias con reglamentación de precios por parte del gobierno.

3) Se justifica la economía del poder (como antes se justificó la economía del